



SEMANA SANTA

VIERNES SANTO

Jesús, el crucificado, y los crucificados de nuestro tiempo

Luis Fernando Crespo

En nuestra celebración de la Semana Santa el Viernes Santo, memoria de la pasión y muerte de Jesús, es como un momento para experimentar lo que en el lenguaje de la revisión de vida designamos como “Juzgar”. Nos confrontamos nada menos que con el “amor hasta el extremo” (Juan 13,1) de Jesús y con la manifestación mayor del amor que Dios nos tiene. Como dice Pablo en la carta a los Romanos “mas la prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros” (Rom. 5,8).

En la Liturgia del día se lee Isaías 52,13 - 53,12 y como evangelio Juan 18 y 19. Les sugiero leer pausadamente, meditándolo, los dos capítulos del evangelio. En el relato de Juan resalta la majestad y entereza de Jesús. Responde, pregunta y hasta desafía. En la escena del prendimiento en el huerto a las preguntas sobre su identidad responde con un sonoro “Yo soy” con un fuerte eco bíblico. La crucifixión entre los otros dos condenados –ni siquiera se menciona que fueran malhechores– también apunta a la majestad de Jesús: “uno a cada lado y Jesús en medio”. Introduce el dato muy humano de la presencia de su madre y un discípulo. El momento mismo de la muerte se presenta como un acto soberano de Jesús: “dijo: Todo está cumplido. E inclinando la cabeza entregó el espíritu”. En coherencia con la teología del cuarto evangelio se trata de la muerte de Jesús, el Hijo de Dios. Lo sabíamos desde el prólogo y se había desarrollado a lo largo de todo el texto. Es la muerte de quien había anunciado “Y yo, cuando sea elevado de la tierra, atraeré a todos hacia mí” (Jn. 12,32). Crucifixión, exaltación, salvación en el evangelio de Juan se reclaman mutuamente.

Pero quiero centrarme –e invitarles a reflexionar– en la lectura de Isaías. Es un texto sobrecogedor, a cuya luz la primera comunidad cristiana trató de entender e interpretar el sentido de la muerte de Jesús: En ese texto encontraron como prefigurados muchos rasgos de la pasión de Jesús: sufrimiento, rechazo, abandono, pero sobre

todo el aparente sinsentido de que el “siervo” inocente cargaba los pecados de otros y sufriendo el castigo que otros merecían, obtiene salvación para todos.

En el llamado “segundo Isaías” (cap. 40-55) encontramos cuatro “Cantos del Siervo de Yahvé”: 42,1-9; 49,1-7; 50,4-11; 52,13-53,12. Entresacando de los tres primeros cantos se va dibujando su figura y misión, “mi siervo, mi elegido en quien se complace mi alma... lealmente hará justicia, no desmayará ni se quebrará hasta implantar en la tierra el derecho”, “hizo mi boca como espada afilada... te voy a poner como luz de las gentes para que mi salvación alcance hasta los confines de la tierra”, “el Señor Yahvé me ha abierto el oído. Y yo no me resistí...ofrecí mis espaldas a los que me golpeaban, mis mejillas a los que mesaban mi barba, mi rostro no hurté a los insultos y salivazos...”. El cuarto canto es sobrecogedor, Para los exégetas es una incógnita a quién se refiere directamente el texto de Isaías, al mismo profeta, al pueblo de Israel, a un personaje desconocido. La primera comunidad cristiana después de la pascua encontró en los cantos del “siervo” una clave bíblica para interpretar la persona de Jesús y de manera especial el acontecimiento de su pasión y su muerte. El evangelio de Mateo en dos oportunidades (8,17 y 12,17-21) acude a dos citas referentes a los cantos del “siervo” para iluminar lo que acontece con Jesús con la fórmula “para que se cumpliera lo dicho por el profeta Isaías”. Y en los sinópticos el mismo Jesús, sin hacer una cita explícita, identifica su misión con la del siervo: “el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y dar su vida como rescate por muchos” (Mt. 20,28).

De manera especial el cuarto canto del siervo parece haber estado muy presente en la comprensión de la pasión de Jesús y en las primeras redacciones de un relato que luego se fue incorporando en la composición de nuestros evangelios.

Tres ideas me gustaría destacar en el texto de Isaías que la comunidad cristiana reconoce en Jesús:

- a) elegido y predilecto de Dios para ser luz de las gentes e instaurar la justicia que viene de Dios. Entregado como discípulo fiel, encontrará resistencia y persecución, no se echa atrás: “despreciado, marginado, hombre doliente y débil... despreciable, un don nadie...”.
- b) él, inocente, “por más que ni hizo atropello ni hubo engaño en su boca” carga con nuestras culpas: “él ha sido herido por nuestras rebeldías, molido por nuestras culpas... y Yahvé descargó sobre él la culpa de todos nosotros”.
- c) por el proyecto misterioso de Yahvé, sólo reconocible y aceptable desde la fe, él mismo “verá luz, se saciará... justificará mi siervo a muchos”.

Les propongo leer el texto colocando a Jesús como sujeto de lo que se dice sobre el Siervo de Yahvé y descubrir qué nos dice sobre Jesús y qué nos sugiere sobre la misión y actitud quien quiera en nuestro tiempo seguir a Jesús como discípulo.

Una conmemoración del Viernes Santo no puede quedar ahí y menos este año. Pero no sólo por lo de la pandemia. La cuarentena, y sus repercusiones humanas y socioe-

conómicas, siendo una situación grave y desafiante, no puede centralizar la atención de tal manera que no nos deje ver la situación de sufrimiento, de olvido, de menosprecio, de carencias, de violencias y violaciones que sufren millones de hermanas y hermanos nuestros en su vida cotidiana, en sus épocas de normalidad, más bien lo pone de manifiesto. Jesús de manera muy enfática y definitiva llamó a quienes pasan hambre y sed, están débiles y enfermos, aislados en las cárceles, extranjeros migrantes mirados con desconfianza, pobres mal vestidos, lejanos con otra lengua o cultura o religión...los llamó “estos hermanos míos más pequeños” (Mt. 25,40.45).

Mirar hoy con realismo al Crucificado, reconocerlo y adorarlo como hacíamos otros años en la celebración litúrgica del Viernes Santo, nos impulsa a ver con una mirada de fe la imagen del Crucificado reproducida en las y los “crucificados” * de nuestros días. “No podemos olvidar las tragedias de nuestros días, porque la pasión del Señor continúa en el sufrimiento de la humanidad” decía hace pocos días el Papa Francisco. En su primera Exhortación, “La alegría del evangelio” dejó escrito: “A veces sentimos la tentación de ser cristianos manteniendo una prudente distancia de las llagas del Señor. Pero Jesús quiere que toquemos la miseria humana, que toquemos la carne sufriente de los demás” (EG. n° 270). Y si, creyentes, nos preguntamos por qué mataron a Jesús, ¿por qué no hemos de preguntarnos qué prácticas personales y modelos económicos y sociales siguen matando –la expresión tan fuerte es del mismo Francisco– a pobres y excluidos en nuestra sociedad? Por supuesto que hay responsables directos –personas y estructuras- pero también hemos de reconocer indiferencias, silencios, egoísmos de quienes han decidido mirar para otro lado, su propio y único interés.

Desde el comienzo la comunidad cristiana, a la luz de su fe en la resurrección, reconoció un carácter salvífico en la muerte de Jesús. Él mismo murió perdonando y ofreciendo salvación –“Padre, perdónales... hoy estarás conmigo en el paraíso” (Lc. 23,34.43)– como había hecho a lo largo de su vida. En la cena de despedida, celebración de la Pascua, al ofrecer el pan y el vino como expresión de la entrega de su vida, consciente de que aquella era su última pascua y su última copa, dejó claro “hasta que halle su cumplimiento en el Reino de Dios” (Lc. 22, 16.18). Para Jesús su entrega por amor hasta la muerte misteriosamente abría un camino de salvación a la humanidad. En adelante vivir con plenitud es vivir la vida, a la manera de Jesús, como una entrega por amor al servicio de la vida plena de los demás, que siguen siendo “estos hermanos míos más pequeños” Y, si hermanos de Jesús, nuestras hermanas y hermanos.

El Viernes Santo es más que el recuerdo de la muerte de Jesús. Es la celebración de una vida entregada para la vida de todos. Esa vida, la del Crucificado Resucitado, abre nuestras vidas a un horizonte nuevo de salvación, a vivir la propuesta de una humanidad fraterna, que Jesús llamó Reino de Dios, porque en ella se estaría realizando el proyecto creador de Dios, “su voluntad así en la tierra como en el cielo”.

* La designación de “crucificados” la tomo de Jon Sobrino, que a su vez la recoge de I. Ellacuría

Preguntas para la reflexión personal y comunitaria

- ¿Qué nos revela de Jesús la lectura del texto de Isaías?
- ¿Qué rostros de “crucificados” nos interpelan? Y qué cuestionan de nuestras actitudes, reacciones, y proyectos?
- ¿Cómo cuestiona la muerte de Jesús nuestra manera de asumir nuestra vida en el contexto actual de nuestro pueblo y de la humanidad?
- ¿A qué vida nueva, salvada, nos sentimos impulsados al hacer memoria de la entrega de Jesús?

Muy importante no quedarnos en generalidades; aterrizar en sentidos, proyectos, actitudes, prácticas...